

No se podía

Raúl Quintanilla Armijo

Who are the brain police?

Frank Zappa

Hasta el *jeme* se volvió símbolo de fracaso. O más bien de fracasado. L de *luser*. Del perenne y omnipresente *loser* que se enreda y vuelve a caer. Y vuelve hacia atrás. De medida indígena (*jeme*) a medido *now*. Mido mis palabras esta vez. Hay que medir las palabras, especialmente ahora. Por ejemplo, para conseguir la visa uno tiene que llegar temprano al consulado. Aunque no importa. Siempre va a estar la cola de por lo menos cuarenta ciudadanos que se levantaron antes y ya están más cerca del recinto cercado. Y dentro de la cerca está ya lleno de gente esperando largarse del país. Primero sentadas en una sección con bancas de madera. Y luego, mientras, avanza la gestión diplomática en otro recinto, también al aire libre pero techado con carpas de plástico blanco, sentadas ahora en las típicas sillas de plástico blanco. Cada día es igual. Antes no era así, podría decir mi abuela. Pero antes ya pasó. Ahora mejor largarse. Buscar la pura vida en otro rincón. Preferible en San José: *Auch*. Adentro está lleno también de angustia. Te darán/ no me darán la visa. Igual que con los gringos. Perderé o no perderé los 35 dólares que ya pagué. Para poder llegar hasta esta parte de las afueras del *Castillo* hay que ir primero a la estación de policía. Pedir un récord de buena conducta. Básicamente que te certifiquen que no sos ladrón o asesino. Para que te lo den, pagás diez dólares más, pero además ignoras la Matanza de Abril. Los 2400 litros de sangre. Es cierto que no están *trending*, pero al fin y al cabo te tenés que hacer el loco, el desentendido y ser amable para solicitar tu certificado de la policía. Amnesia temporal. Finalmente te estampan la visa en el pasaporte. La visa tica es un *sticker* muy bonito y de muchos colores que brillan. Suerte de metáfora visual para el porvenir en la vecina del sur.

Yo me salté todo este laberinto la primera vez que viajé a Costa Rica. El tributo, la cola, la angustia, el peligro de la ósmosis; excepto, claro, las 35 varas de la visa en el banco. Todo tiene límites. Voy directo a la embajada gracias a las gestiones de la directora del MADC, Fiorella Resentera, y del Sr. Bonilla, admirador de la cultura centroamericana y que trabaja en la

embajada. Este último me estampa la susodicha visa multicolor en el pasaporte en cosa de minutos. Pero esta segunda vez no será así. Los trámites del CCNN para gestionar la visa sin la pesadilla adjunta no dan resultado y a lo más que llego es al banco a pagar las 35 varas y a hacer la cita con el consulado. Tenés que hacerlo el mismo día. Si no, perdés el pago. Pero mi entusiasmo no va a pasar a más. Se diluye. Rehúso ir a la Estación Dos de la Policía, rehúso pagarles un centavo, rehúso hacer la cola, rehúso ingresar al recinto techado en blanco del consulado y convivir con mis compatriotas que se marchan a la oscuridad de su esperanza.

Mi actitud de *loser drama queen* terminará afectando la presentación del libro en San José. No estaría presente, si no por vía del siempre impersonal Skype. O sea, no estaría presente. Ya había comprometido a Rolando Castellón y a César Ruiz para que participaran en el lanzamiento del libro. Comprometí también a Miguel López, a algunas de las directoras del colectivo de TEOR/ética que hicieron que pasara todo, y a Illimani, que representaría a los jóvenes artistas de Nicaragua. Y a toda la gente que llegó. O sea, qué vergüenza: digamos, un fracaso *online*. Yo no oí casi nada. Y no vi nada. Excepto un abanico. Pensé en Nerval un rato y me puse más nervioso. Típico. Pero no asistir me quitó la presión de estar allí, en la ciudad de San José, en un espacio cultural progresista, en una mesa, ante la gente, hablando de algo que se ha hecho. Últimamente, con la migración en 2018 de los miles y miles (cuántos no sé: 30 quizás) de nicas y el racismo subsiguiente que se ha desatado, no deja de dar miedito caminar por San José si no tenés el acento cachado *huevón*. El clavo es el color oscuro de la piel. Oscuros objetos. Yo no corro tan rápido ya. Y no es que no vea ni sienta ni reconozca la solidaridad de Costa Rica y su pueblo en estos últimos dos años. Ha sido conmovedora y fundamental para aguantar y salvar tantas vidas. La Nicaragua que resiste y promete un futuro sería imposible sin Costa Rica. Como lo fue en el 79. La vaina es que la presentación se hacía en San José por el fracaso de Managua. No se podía hacer en Managua. No se podía porque nada es normal en Managua o en Nicaragua. Las galerías están cerradas desde 2018. Los espacios culturales apenas y hacen la mueca.

Los espacios y zonas independientes desaparecieron aparentemente. Los artistas mejor se cuidan del color. La libertad de expresión no existe con la rara excepción de la otorgada por

Sardanápalo a la familia Chamorro. Los presos políticos volvieron a aparecer en la historia y en las cárceles. No se podía hacer, pues, la presentación del libro en Managua porque no se podía legitimar el olvido ni la injusticia. Porque todo era y es un simulacro, y se había transgredido lo *teorético*, avanzando, así, el absoluto fracaso de la revolución.

RQA

Marzo 5 del 2020

Panamá Managua